

SAN MANUEL GONÁZALEZ

-
El apóstol de los sagrarios abandonados





**EXTRACTOS
"OBRAS COMPLETAS - I
Escritos Eucarísticos"**

San Manuel González

¡Qué hermoso Sacerdocio!

“Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado. Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenerlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud. Proporcionar desahogos a su Corazón con mis santos Sacrificios. Servirle de pies para llevarlo a donde lo desean. De manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él y consolar por Él y gritar a favor de Él cuando se empeñen en no oírlo... hasta que lo oigan y lo sigan... ¡Qué hermoso sacerdocio!”

Yo temo

“Que al leer la palabra “Sagrario” (...), algún espíritu de fe superficial bostezando diga: ¡bah! ¡cosas de mística! ¡entretenimiento para devotas! Esto no es para hombres de negocios, de estudios... No, hermano mío, le diría yo: no es cosa de mística, ni ascética, sino de justicia seca, de lógica, de razón y de buen sentido lo que aquí se trata.

Lo que aquí se busca es acabar con ese contrasentido y contra derecho y contra razón que envuelve el creer que Jesucristo está realmente presente en el Sagrario todo el día y toda la noche y lo mismo en el de la artística y suntuosa catedral que en el de la ruinosa y misérrima iglesia de aldea y dejarlo solo noche y día. ¿Es leal, es justo, es lógico ese proceder?

¿Qué fe es ésa que no hace caso de lo que cree o qué corazones tienen los hombres de esa fe? Lógico es que el pagano, el judío, el hereje, el impío, vuelvan las espaldas al Sagrario. ¡No creen! Pero que las vuelva y viva como si no existiera el que sabe tan cierto como lo más cierto que sepa, que detrás de aquella puertecita dorada vive el Jesús del Evangelio con todo su poder, con todo su Corazón, con toda su misericordia..., ¿puede eso justificarse? ¿O por lo contrario, hay injusticia e inconsecuencia que más hagan sufrir a la divina Víctima de ellas y qué peores resultados pueden traer a quienes la perpetran?

Los Daños de esos Abandonos

“Estas páginas llevan el propósito de poner a los hombres de fe y de corazón enfrente de un mal que no sé cómo llamarlo y que después de llamarlo con todos los nombres malos de la tierra, todavía no lo habría hecho adecuadamente. ¡Él abandono del Sagrario!

Es decir, la repetición constante para el Corazón de Jesucristo de lo más triste de su Evangelio. Es Belén, su pueblo, con sus puertas cerradas, y sin un rinconcito para que nazca. Es Nazaret, la tierra de casi toda su vida, intentando arrojarlo desde lo alto del monte. Es Jerusalén, el gran teatro de sus milagros, dejándolo sin comer y sin casa para dormir el mismo Domingo de Ramos. Es el “abandonándolo, todos huyeron” de la noche de las agonías del Huerto. Es el desconsolador y tristísimo “vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” del Evangelio de san Juan repetido todos los días en miles y miles de Sagrarios en donde vive la mismísima Víctima de aquellas deslealtades.”

“Tengo la persuasión firmísima de que prácticamente el mayor mal de todos los males y causa de todo mal, no sólo en el orden religioso, sino en el moral, social y familiar, es el ABANDONO del Sagrario.

Si no hay otro nombre en el que pueda haber salvación fuera del nombre de Jesús. Si la sagrada Eucaristía, adorada, visitada, comulgada y sacrificada, es la aplicación de esa salud y por tanto, la fuente más abundante de gloria para Dios, de reparación por los pecados de los hombres, y de bienes para el mundo, el abandono de la sagrada Eucaristía, al cegar la corriente de esa fuente, priva a Dios de la mayor gloria que de los hombres puede recibir y a éstos de los mayores y mejores bienes que de Dios pueden esperar.”

“El Sagrario dejó de ser el nido de amores, el alcázar de la dicha, la sala del festín, la casa solariega de los cristianos, y se fue trocando poco a poco en casa muy respetable, es verdad, pero tan aislada como respetable y tan inaccesible como aislada. Yo no sé que se haya hecho jamás más daño a la vida cristiana como con este retirar de su circulación el Sagrario.”

“Como a la economía amorosa de la Providencia de distribuir las aguas por toda la superficie de la tierra, corresponde ésta con la producción y multiplicación de la vida vegetal y animal, así en torno de cada Sagrario, verdadera fuente de aguas vivas, debe producirse y multiplicarse la vida sobrenatural.

Aunque todos... yo no. Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido

“Yo no sé que nuestra religión tenga un estímulo más poderoso de gratitud, un principio más eficaz de amor, un móvil más fuerte de acción, que un rato de oración ante un Sagrario abandonado. (...) Una fe que medite y sobre todo, un corazón que ahonde un poco debajo de la corteza de las cosas, descubrirá en ese Jesús abandonado que se deja acompañar de telarañas y sabandijas; que pasa los días y las noches solo durante años y años y a pesar de todo eso no se va de aquel Sagrario; ni deja de mandar sol desde la mañana a la noche y agua para la sed y pan para el hambre y salud y descanso y fuerzas beneficiosas en cada segundo y a cada uno de los que le maltratan; ese Corazón, repito, no tiene más remedio que ver en ese modo de abandonar de los hombres y en esa manera de corresponder de Jesucristo, el Evangelio vivo, pero con una vida tan brillante, tan fecunda, tan activa, tan en ebullición de amor de cielo, que no hay más remedio que entregarse a discreción y sin reserva, diciendo con san Pedro: “Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré”... ¡Este amor no se parece a ningún otro amor!”

“(...) Ese AUNQUE TODOS... YO NO, es la palabra de la lealtad a toda prueba, hasta llegar, si es preciso, a la terquedad heroica de perder la vida antes de dejar de guardarla. (...) Es la fórmula de los corazones viriles y grandes, que no se ablandan ni ante el soborno ni ante el éxito, corazones de roca ante la dádiva del vencedor y de carne para la compasión hacia el vencido. Esa palabra no es ciertamente palabra de esclavo, sino de señor. No es palabra que pronuncian ni entienden los cobardes, los egoístas y los comodones, sino los esforzados y abnegados. Es, por último, y ¡qué triste es esto!, la palabra de los menos (...).”

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

“Sin tratar ahora de demostrar la decisiva influencia que en el adelanto y en la perfección de la piedad cristiana, tiene la devoción al Santísimo Corazón de Jesús, y sin que mi ánimo sea condenar o censurar a las almas y a los pueblos que no profesen esa devoción, puedo afirmar sin temor a ser desmentido, que almas o pueblos que den culto ferviente a nuestro Señor Jesucristo en su Corazón, son almas y pueblos que caminan y adelantan bien orientados. (...)”

“Yo digo, y creo que está en el convencimiento de todos vosotros, que el mal del abandono del Sagrario reúne en sí todos los males (...). Porque vosotros sabéis que Sagrario abandonado o poco frecuentado, es lo mismo que Dios desairado y postergado, obligado a ser más justiciero que misericordioso, más Juez que Padre; lo mismo que niños sin bautismo y sin educación; que familias sin bendición de Dios y sin matrimonio indisoluble; que enfermedad y muerte sin los alivios y esperanza de otra vida, la vida verdadera; que virtud sin moral; que moral sin dogmas fundamentales; que extinción de la fe iluminadora de todos los caminos de la vida; que la caridad sustituida por una filantropía egoísta; que la conciencia sustituida por un honor hipócrita; que la justicia social suplantada por la fuerza y la trapacería (estafa o fraude); que el capital sin entrañas y el trabajo por esclavitud; que lujuria y soberbia y ambición triunfantes y castidad y humildad y virtud pisoteadas.”

Hay que pensar en repoblar nuestros Sagrarios, porque, aunque nos cueste mucho decirlo, padecen soledades horribles y espantosas cual yo creo que no las han padecido desde que en la tierra se levantan templos católicos.”

El Cristianismo es el Sagrario

“El cristianismo es el Sagrario, y, aunque ésta no sea la ocasión de demostrarlo, vosotros afirmaréis conmigo que el Sagrario en nuestra religión no es un remate más o menos airoso de sus cimas, ni un broche de oro que lo cierra, ni una de las instituciones que lo embellecen, sino que la Eucaristía, el Sagrario, es todo el cristianismo, es el principio, fin y razón de ser de sus dogmas y su moral, de sus sacrificios y de sus virtudes, de sus bellezas y de sus milagros...

(...) El actual cristianismo todo es con, por y para la Eucaristía, y sin ella, no titubeo en decirlo, el cristianismo es nada, de tal modo que puede formularse esta regla cierta: a más frecuencia de Sagrario, más cristianismo; a menos Sagrario, menos cristianismo.

¡Abandonado! (...) Así, completamente solo está Jesucristo en muchísimos Sagrarios (...). En torno de esos Sagrarios no hay ni calor de corazones amantes, ni lágrimas de ruegos, ni suspiros de arrepentimiento, ni ayes (lamentos) de necesitados, ni gratitud de reconocidos, ni rodillas dobladas, ni cabezas inclinadas, ni ojos que miran, ni bocas que piden, ni corazones que se ofrecen... ¡Nada!”

“ (...) yo creo que un alma que tenga mucho amor al Sagrario, hará lo posible y lo imposible por ir todos los días a comulgar y a visitarlo.”

La Revolución desde Arriba

“¿Estamos convencidos de que la causa de todos los males que padece el pueblo viene del abandono en que todos, directores y dirigidos, han dejado al Sagrario? ¿Estamos convencidos de que unos ricos que comulgan bien y a diario, serán padres y no tiranos de sus operarios y dependientes?.

¿Y que unos pobres que comulguen bien y a diario serán unos

obreros alegres, corteses, resignados, sobrios y tranquilos?
¿Estamos convencidos de que en una casa en donde todos
comulguen bien y a diario hay paz y pan? Y ¿estamos conven-
cidos de que si todos los hombres comulgaran bien y a diario
estarían de más la Guardia Civil, las cárceles y demás Institu-
ciones sociales por cuya extirpación sueñan los socialistas y
anarquistas? Y, por último, ¿estamos convencidos y persua-
didos de que siendo Jesucristo la fuente, la base, la norma, la
defensa, la sanción de todo derecho, no puede éste conser-
varse inmune (...)?”

El círculo vicioso del abandono

“Los que conozcan un poco no más el modo de ser del
hombre y se hayan dado cuenta de que en la mayor parte de
sus determinaciones, más que la reflexión y la conciencia,
influye la fuerza del hábito o de la rutina, sobre todo, si en
favor de esta rutina milita la pereza, el egoísmo, la ausencia
de obligaciones, la indisciplina y demás elementos humanos,
se persuadirán muy luego de que ese círculo vicioso se hace
irrompible.

Contribuyen a darle consistencia esas mil tonterías mandadas
recoger hace tiempo y que todavía circulan por los pueblo
con la misma seriedad como si acabaran de insertarse: “Eso
es cosa de niños”. “Yo no me hincó delante de un hombre
como yo”. “Eso es para las viejas”. “Ya lo haré otro día”. “¡Es
tan amigo el cura, que quién se confiesa con él”. Sin perjuicio
de este otro reparo: “¡es tan antipático el cura, es tan...!” Y
aquello otro: “¿qué dirán las gentes si me vieran confesar y
comulgar?”. Y las jóvenes por lo que dirán sus novios. Las
casadas por lo que dirán sus maridos. Los maridos por lo que
dirán los amigos de café o de trabajo. Los pobres porque no
tienen tiempo o porque no madruga el cura. Los ricos porque
no madrugan ellos. Y cada cual por un pretexto o por otro, es
lo cierto que nadie comulga porque no comulga ninguno.”

¿Cómo romper el círculo?

“Esas son las Marías activas: las que van a los pueblos en donde ya no se estila comulgar a enseñar con su ejemplo que todavía se comulga. A pisotear todos esos trampantojos contra la Confesión y la Comuni3n, confesándose y comulgando. Mostrando a las jóvenes casaderas y a las mujeres casadas y a los maridos tiranos o cobardes, que se puede comulgar y tener buen novio y ser reina de un hogar de dicha. Y espoleando a todos con el ejemplo del sacrificio y la palabra de la invitaci3n, a romper esas telas de arañas que a ricos y pobres, hombres y mujeres, apartan las más de las veces de la Sagrada Comuni3n.

En suma, las Marías comulgando en los Sagrarios abandonados, una y muchas veces, y, cuando no pueden sacramentalmente allí, en espíritu al menos, son los Hércules que rompen con la maza de su ejemplo y de su abnegaci3n, el círculo vicioso de “yo no comulgo porque no comulga nadie y nadie comulga porque yo no comulgo”, que tantos vacíos ha dejado en tantos Sagrarios.”

Las compensaciones de la gloria de Dios

“¡Dios mío -me digo- cuántas rodillas dobladas ante el demonio y qué poquitas dobladas ante Ti! ¡Qué exiguo el partido de Dios y qué asombrosamente numeroso el partido del demonio! Y horrorizado ante ese misterio de ingratitud y de locura de los hombres, llego a tranquilizarme relativamente, comparando lo mucho que vale aquel pequeño rebaño y lo poco, lo nada que vale el ejército enemigo. Para alistarse en él, una sola condici3n basta: ser cobarde. Es el ejército de los vencidos de los vicios.

En cambio, aquellas almas tan insignificantes, tan despreciables a los ojos del mundo, ¡cuánto valen! Ellas, con el valor llevado al heroísmo, la virtud que prefiere morir a mancharse, haciendo fácil lo extremadamente arduo a fuerza de practicarlo cada día y cada hora, ¡qué grandes!

Qué poco podrá ufanarse el demonio de la ejecutoria y nobleza de su gente reclutada de entre todos los cobardes de la historia y de la conciencia que han sido y son. Y ¡qué satisfecho podrá mostrarse el Señor presentando ante los cielos y ante la tierra, la magnífica, inapreciable e imponderable figura de un santo hecho de barro! Recuérdese a Abrahán obteniendo del Señor la salvación de la ciudad de Sodoma, por sólo cinco justos que en ella hubiese. Recuérdese a Lot salvando él solo de la ruina la ciudad de Segor, por vivir en ella. Recuérdese la satisfacción con que Dios se recreaba en su siervo Job, presentándolo a la confusión de Satanás. Y en el Nuevo Testamento, recuérdense las mercedes otorgadas a pueblos enteros, por la intercesión de un solo justo, y se tendrá convencimiento de mis anteriores afirmaciones.

Yo no quiero

“Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que lleva al Sagrario, y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan. Descubriré niños pobres y me sobraré el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobreza. Tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud.”

“(…) Yo os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado; un poco de calor para esos Sagrarios tan Abandonados. Yo os pido, por el amor de María Inmaculada, Madre de ese Hijo tan despreciado, y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que hagáis compañía a esos Sagrarios Abandonados.”





San Manuel González

Escritor, catequista, santo Obispo de Málaga y Palencia y Arcipreste de Huelva Fundador de diversas instituciones religiosas Apóstol de la Eucaristía.

En el seno de una familia humilde, oriunda de Antequera y profundamente religiosa nació en Sevilla, el 25 de febrero de 1877, don Manuel González García. Su padre, Martín González Lara, era carpintero, y su madre, Antonia García Pérez se ocupaba del hogar. En este ambiente creció Manuel serenamente. Dejó huella en su corazón haber formado parte de los famosos «seises» de la catedral de Sevilla (agrupación de diez niños que realizan una danza sagrada delante del Santísimo de la catedral de Sevilla en la Octava del Corpus, en la Inmaculada Concepción y en el Triduo de Carnaval). Como seise consolidó su amor a la Eucaristía y a la Virgen.

Vocación al Santo Sacerdocio

Sin dar aviso a sus padres se presentó al examen de ingreso al seminario. Sus buenos padres acogieron la sorpresa considerando este hecho como manifestación de los caminos de Dios y aceptándolo como tal. Costeó sus estudios trabajando como fámulo (criado o sirviente de un convento u otro medio eclesiástico). El 21 de septiembre de 1901, se le confirió el sagrado presbiterado.

Su primer Sagrario abandonado

Enviado en 1902 a dar una misión en Palomares del Río, Sevilla, Él mismo nos describe esta experiencia. Escuchó las desalentadoras perspectivas que le presentó el sacristán, y dijo: *«Fuíme derecho al Sagrario... y ¡qué Sagrario, Dios mío! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no salir corriendo para mi casa! Pero, no huí. Allí de rodillas... mi fe veía a un Jesús tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba... que me decía mucho y me pedía más, una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio... La mirada de Jesucristo en esos Sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal»*. Esta gracia fue madurando en su corazón.

Su Obediencia, consecuencia de su profunda Humildad

El arzobispo de Sevilla, Marcelo Spínola y Maestre, había vivido en sus años jóvenes en Huelva, ejerciendo de abogado, y seguía, como arzobispo, con gran preocupación la vida eclesial, que ofrecía, en sus pastores y en sus fieles, un panorama poco esperanzador. Y tomó una decisión arriesgada. Don Manuel González, recién ordenado, había ya dado muestras de extraordinarias dotes intelectuales y apostólicas, pero todavía no había cumplido 28 años. El sacerdote, que consideraba como fundamental la virtud de la obediencia, nos relata la entrevista:

«Llamado una mañana -cuenta- por mi santo Arzobispo, (...) me dice sonriente:

- ¿Quiere Vd. ir a Huelva?

- *Yo voy volando a donde me mande mi prelado.*

- No; yo no le mando ir a Huelva; aquello está tan mal, y, lo que es peor, tan dividido entre los pocos buenos... Estoy tan harto de probar procedimientos para mejorarlo sin obtenerlo, que me he acordado de Vd. como última tentativa; al fin y al cabo Vd. es joven (...). Pero, repito, esto no es un mandato sino un deseo.

- *Señor, los deseos de mi prelado son para mí órdenes, ¿cuando quiere que me vaya?*

- No, no; ahora se va Vd. a su casa y, durante tres días y con completa reserva de esta conversación, madure este deseo mío delante de su Sagrario y vuelva después con su decisión.

- *Espero, con la gracia de Dios, que dentro de tres días vendré aquí a decir a V. E. lo mismo que ahora le digo.*

Me despedí y ¡qué tres días pasé! ¡Sin apenas dormir ni comer y con esfuerzos sobrehumanos para conservar la buena cara y el buen humor! ¡Había oído hablar en todos los años de mis estudios tan mal de la situación religiosa en Huelva...! Llegado el tercer día, me presenté de nuevo al señor Arzobispo.

- *Sr., aquí me tiene para repetirle lo que le dije el otro día; ¿Cuando quiere que me vaya a Huelva?*

- Pero, ¿así? ¿tan decidido?

- *Sí, señor; completamente decidido. Ahora, que, como a mi Prelado debo hablar como al Jesús de mi Sagrario, debo decirle que me voy a Huelva tan decidido en mi voluntad como contrariado en mi gusto.*

- Me lo explico y no me extraña; espero que ese desprecio de su gusto, para abrazarse a la voluntad del Prelado le ayudará mucho en su misión en Huelva. Sé que es Vd. muy joven para un Arciprestazgo tan importante y para lo malo que está aquello; yo he vivido allí y lo conozco, pero ¡no importa! Vaya, pruebe y si no le va bien, se viene. La puertas de este palacio siempre estarán abiertas para Vd.; y en mí siempre tiene un Padre a quien le puede contar todo, que lo recibirá con los brazos abiertos».

Arcipreste de Huelva

El 1 de marzo de 1905 fue nombrado Cura Ecónomo de san Pedro de Huelva; y el 16 de junio fue nombrado arcipreste, tomando a cargo las parroquias de Huelva. Fue nombrado Cura ecónomo o regente porque el Cura propio, D. Manuel García Viejo, vivía aún, aunque ya muy anciano y achacoso. Al dar cuenta el Arzobispo a unos católicos onubenses (persona natural de la ciudad de Huelva, Andalucía) del nombramiento que acababa de hacer, les dijo: «Envío a Vds. una alhajita».

La Eucaristía, Cumbre de la Iglesia

Lo decisivo para él, al llegar a Huelva no era hacerse presente en la sociedad onubense de cualquier manera, sino hacerse presente con la fuerza salvadora de Jesús, que brota de la Eucaristía. ¿Por dónde empezar? Se propuso hacer de la Eucaristía celebrada y adorada, la cumbre y la fuente de toda su actividad.

Fundador de Instituciones Religiosas

El 4 de marzo de 1910, ante un grupo de colaboradoras, fundó la «Obra para los Sagrarios-Calvarios», para dar una respuesta de amor reparador al amor de Cristo en la Eucaristía, a ejemplo de María Inmaculada, el apóstol san Juan y las Marías, fieles en el Calvario. La Unión Eucarística Reparadora, iniciada con las Marías de los Sagrarios y Discípulos de san Juan, se extendió rápidamente y abrió camino a la Reparación Infantil Eucarística en el mismo año.

Fundó, asimismo, los sacerdotes Misioneros Eucarísticos en 1918; la congregación religiosa de Misioneras Eucarísticas de Nazaret en 1921, la institución de Misioneras Auxiliares Nazarenas en 1932, y la Juventud Eucarística Reparadora en 1939.

La rápida propagación de su obra en otras diócesis de España y América, a través de la revista «El Granito de Arena», le impulsó a solicitar la aprobación del Papa. Don Manuel llegó a Roma en 1912, y el 28 de noviembre fue recibido por el Papa San Pío X, a quien fue presentado como «el apóstol de la Eucaristía». San Pío X se interesó por toda su actividad apostólica y bendijo su obra.

Obispo auxiliar de Málaga

El Papa Benedicto XV le nombró obispo auxiliar de Málaga y recibió la ordenación episcopal en 1916. En 1920 fue nombrado obispo residencial, acontecimiento que decidió celebrar dando un banquete a tres mil niños pobres, en lugar de darlo a las autoridades.

Como en Huelva, potenció las escuelas y catequesis parroquiales, practicó la predicación callejera conversando con todo el que se encontraba de camino... y descubrió que la necesidad más urgente era la de sacerdotes. Este problema debía afrontarse desde la situación del seminario, la cual era lamentable.

Un nuevo Seminario Eucarístico

Con una confianza sin límites en la mano providente del Corazón de Jesús, emprendió la construcción de un nuevo seminario que reuniese las condiciones necesarias para formar sacerdotes sanos, humanos, espiritual, pastoral e intelectualmente. Soñó y proyectó «un seminario sustancialmente eucarístico, en el que la Eucaristía fuera: en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro y la primera asignatura; en el disciplinar, el más vigilante inspector; en el ascético, el modelo más vivo; en el económico, la gran providencia; y en el arquitectónico la piedra angular».

Sacerdote - Hostia

A sus sacerdotes, y a los miembros de las diversas fundaciones que realizó, les propuso como camino de santidad «llegar a ser hostia en unión de la Hostia consagrada», que significa «dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable». San Manuel González no escatimó esfuerzos para mejorar la situación humana y espiritual de su diócesis. Su ingente actividad hizo que no pasase desapercibido, y con la llegada de la República a España su situación se hizo delicada.

Llamas en el Palacio Episcopal

El 11 de mayo de 1931 el ataque fue directo. Le incendiaron el palacio episcopal de Málaga y hubo de trasladarse a Gibraltar para no poner en peligro la vida de quienes le acogieron. Desde 1932 rigió su diócesis desde Madrid, y el 5 de agosto de 1935 el Papa Pío XI lo nombró obispo de Palencia.

Eucaristizó el mundo

Con estilo ágil, lleno de gracia andaluza y de unción, transmitió el amor a la Eucaristía, introdujo en la oración, formó catequistas, guió a los sacerdotes. Entre sus libros, se destaca: “El abandono de los Sagrarios acompañados”, “Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio”, “Artes para ser apóstol”, “La gracia en la educación”, “Arte y liturgia”, etc. Escritos que por su gran difusión se han recopilado en la edición de sus Obras Completas.

Su último anhelo

Los últimos años su salud empeoró notablemente. Sin perder la sonrisa de su rostro -siempre amable y acogedor- y la aceptación de los designios del Padre, al salir de Palencia para Madrid, desde la camilla ante el sagrario de su capilla, le dijo al Señor: *“Si quieres que vuelva, bendito seas, si no quieres que vuelva, bendito seas”*. El 4 de enero de 1940 entregó su alma al Señor en Madrid. Fue enterrado en la catedral de Palencia, donde podemos leer el epitafio que él mismo escribió: *«Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!»*.

El Papa Juan Pablo II declaró sus virtudes heroicas el 6 de abril de 1998, y aprobó el milagro atribuido a su intercesión el 20 de diciembre de 1999. San Manuel González García, obispo de Málaga y de Palencia, fue una figura significativa y relevante de la Iglesia española durante la primera mitad del siglo XX.